

CAPÍTULO XII

La Eucaristía, la fe y la razón.

1. La Eucaristía es el gran libro de los cristianos.—2. En la primera página se lee la necesidad que de ella tenemos.—3. Razón de este capítulo.

EL gran libro de las almas piadosas es el Corazón sacratísimo de Jesús, ya sea espinado y agonizante en el Calvario, ya anodado y víctima de amor en el Sacramento eucarístico. Del glorioso San Buenaventura, ornamento precioso y Cardenal de la Santa Iglesia Romana, leemos que aquella su admirable erudición y seráfica santidad la adquirió contemplando la dolorosa efigie de Cristo crucificado. Y como en cierta ocasión, siendo visitado por el Angélico Doctor Santo Tomás, éste le preguntara por la biblioteca de donde había recogido tan eminente doctrina, respondió el Doctor Seráfico, señalando al Crucifijo: «He aquí ¡oh buen Tomás! mi único libro y toda mi biblioteca: todo cuanto sé, en este libro de vida lo he aprendido.» (Lyraeo, en su *Vida*.)

Pues bien: de semejante manera nosotros, mirando al Corazón divino escondido en el Santísimo Sacramento, hemos de exclamar: *He aquí nuestro libro; en la sagrada Eucaristía encontramos toda nuestra ciencia*. Comencemos, pues, á leer siquiera la primera página, y en ella encontraremos la siguiente proposición: *La Eucaristía es necesaria al mundo cristiano*. ¿Es esto verdad?

2. Con efecto; esta necesidad la hallamos fundada en las exigencias de la vida espiritual de nuestra alma, y se hace evidente á poco que se reflexione. El hombre, en la vida de su espíritu, tiene—dijo Santo Tomás—gran conformidad con la vida de su cuerpo. En lo material *nace, crece* y le es necesario *alimento* para conservarse vivo; y no de otro modo en la vida espiritual del alma, *dada* por el Bautismo y *acrecentada* por la Confirmación, le es indispensable, para conservarla, *el alimento de la Eucaristía*. Este Sacramento—dice

el Santo (p. III, q. 73, a. 3)—*es necesario para la salud, pues por ella se une el hombre al cuerpo místico de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación* (1).

La vida, sea del orden que fuere, tiene necesidad de alimento, y no puede recibirle sino uniéndose al foco de vida que corresponde á su naturaleza. El cristiano lleva en sí *vida divina*, luego necesita divino alimento; necesita unirse al foco celestial, que es el Verbo de Dios encarnado; necesita, en una palabra, *unirse con Cristo nuestro Señor*. ¿Y cómo se unirá el hombre á Cristo en cuerpo y en alma, sino por la Eucaristía? *Mi carne*—dijo el mismo Jesús—*es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida... Si vosotros no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros*. (Joann., VI, 54-56.) Palabras de Dios que prueban la *necesidad* de mantener nuestras almas con el divino alimento de la Eucaristía (2).

3. He aquí cómo la razón, apoyada en la fe, puede, en cierto grado, demostrar la *necesidad* de un Sacramento en el cual Jesucristo se nos dé realmente como alimento espiritual. Mas pasando de la necesidad á la *realidad*, y puesto que en los tiempos actuales es preciso precaver los ánimos de los fieles contra los errores funestos de la secta protestante, intentamos en el presente capítulo

(1) Sin embargo, ha de entenderse que esta necesidad no es absoluta, pues basta para salvarse en los adultos el *deseo* de recibir la Comunión, cuando no hay posibilidad de recibirla de otro modo. Algunos griegos cismáticos y muchos calvinistas sostuvieron que la Eucaristía era necesaria á todos los fieles, *necessitate medi*, fundándose en que en los principios de la Iglesia se administraba la Eucaristía á los niños, cual si fuese cosa necesaria para salvarse. Este fundamento es falso, porque si la Iglesia dió sólo algunas veces la Comunión á los niños, fué porque lo juzgó entonces útil, no necesario; y después la Iglesia latina, para mayor reverencia de este Sacramento, según Santo Tomás, prohibió darle á los niños. Por eso el Santo Concilio de Trento, sess. 21, c. 4, dijo: *Si quis dixerit parvulis antequam ad annos discretionis pervenerint necessariam esse Eucharistiae communionem, anathema sit*. (Véase el extenso y hermoso comentario de Suárez sobre la q. 73, a. 3 de la *Suma* de Santo Tomás. Se halla en el tomo XX de la edición de París.)

(2) Estas palabras de Jesucristo dan á entender que todo cristiano, si quiere vivir la vida de los hijos de Dios, debe participar del Sacramento de la Eucaristía, sea realmente cuando está en estado y edad de poder hacerlo, sea de corazón y por deseo, y por la unión espiritual que tiene como miembro de Jesucristo con todo su cuerpo, cuando algún obstáculo invencible ó alguna razón legítima le impiden recibirle realmente. La razón de esto es, porque siendo la carne de Jesucristo verdadera comida, y su sangre verdadera bebida, no se pueden mantener nuestras almas sin este divino alimento y bebida. Y esto no debe tomarse como un discurso figurado y parabólico, porque el Señor pretende obligar á los hombres á comer realmente su carne y á beber su sangre, como que les es necesario para la vida santa de sus almas y para la resurrección gloriosa de sus cuerpos. (San Crisóstomo y Santo Tomás. Nota del Padre Seo.)

hacer algunas consideraciones generales sobre la *existencia de la Eucaristía* para que todo hombre de fe y buen sentido vea con su razón propia la *grande é imperiosa necesidad* de este Sacramento y jamás se deje seducir por las imposturas racionalistas. Mostraremos, pues, breve y sencillamente cómo la realidad del don eucarístico se deduce por rigor lógico:

- 1.º De su necesidad, del fin del hombre y de la Ley nueva.
- 2.º De la Encarnación, de la Redención y del amor de Jesucristo.

§ I

PRIMERAS RAZONES QUE PRUEBAN LA REALIDAD EUCARÍSTICA

4. Designios de Jesús en la Eucaristía. — 5. Su realidad se deduce de su necesidad. — 6. También del fin sobrenatural del hombre. — 7. Lo exige la mayor perfección de la Ley evangélica.

4. Cristo nuestro Señor *todo lo hizo bien*, y al instituir en su Iglesia los Santos Sacramentos fué para que desde el primero al último suspiro de nuestra vida nos encontremos como rodeados y abrazados por su Persona adorable, proveyendo con largueza suma á todas nuestras necesidades, en especial á las del alma, en su vida sobrenatural. Por el *Bautismo* nos arranca de las garras de Satanás; por la *Confirmación* nos hace fuertes y valerosos contra El; si por ventura nos sorprende con sus astucias diabólicas y caemos derribados, el Señor torna á arrojarle ignominiosamente de nuestras almas por la *Penitencia*; pero, sobre todo, donde su corazón divino despliega todas las energías de su amor para engrandecernos, deificarnos y constituirse escudo, refugio y fortaleza contra nuestros perseguidores, es en la *Eucaristía* (1). ¡Bendito y mil veces bendito Sacramento, que nos une íntimamente á Jesús, que nos hace vivir vida divina detro de El y que, si vivimos, es sólo por El! *El que come mi carne y bebe mi sangre*—dijo Jesús—*en mí mora, y Yo en él. Así como Yo vivo por la unión que tengo con mi Padre celestial, que es el principio de mi vida divina, así el que me coma vivirá también una vida sobrenatural y deifica, por la unión que tiene conmigo* (2).

(1) Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me. (Salmo XXII, 5.)

(2) Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.—Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, et ipse vivet propter me. (Joann., VII, 57-58.)

¡Grandioso privilegio! ¡Dignación suprema! ¡Jesús nos comunica su propia vida! En el Bautismo comienza, en la Eucaristía consuma y á la misma Eucaristía se llama *Sacramento de caridad*, que es el *vínculo de la perfección*. (Colos., III, 14, y S. Thom., p. III, q. 73, a. 3, al 3.º) El que quiera vivir—dice San Agustín—tiene donde vivir y de donde vivir: acérquese al Santísimo Sacramento, crea, incorpórese á él para ser vivificado, únase al cuerpo de Cristo, viva para Dios y viva de Dios. ¡Oh Sacramento de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! (1).

5. Pues bien; ya hemos sentado que la Eucaristía *es necesaria* para la vida espiritual de nuestra alma, y de esta necesidad arranca la primera prueba de su *realidad*. Por el mero hecho de habernos otorgado el Señor vida divina, y querer que ésta subsista en nosotros, ha debido darnos alimento divino, sin el cual no puede subsistir; Dios no exige imposibles, Dios no manda lo que no da, Dios no forma planes incompletos; El no deja nunca sus obras sin acabar. Por consecuencia, la Eucaristía, ó sea la presencia real de Jesucristo en medio de nosotros, y nuestra incorporación á El en el Santísimo Sacramento para conservar y alimentar la vida divina que nos dió en el Bautismo, debe existir *realmente*, como realmente existe un alimento material para que conservemos la vida de nuestro cuerpo.

Debe existir *de una manera permanente*, porque la vida del alma, rodeada de tantos peligros, ejercitada en continuos combates, y siendo débil por naturaleza, necesita á cada instante ser reparada en sus fuerzas espirituales por aquel alimento divino que renueva todas las cosas; así como el cuerpo tiene necesidad de ser reparado diariamente por los alimentos materiales.

Debe existir *en todas partes y á la disposición de todos*, porque en todas partes existen almas cristianas con necesidad de respirar y de alimentarse de Dios, así como al cuerpo humano le es preciso respirar el aire atmosférico y alimentarse de las substancias corpóreas.

No se puede dudar esto que vamos diciendo. Los seres de la creación tienen todos necesidad de alimentarse para vivir. Dios nuestro Señor hace crecer los árboles y las plantas con el alimento de la tierra y con la lluvia del cielo. La tierra es una mesa perfec-

(1) ¡O Sacramentum pietatis! ¡O signum unitatis! ¡O vinculum charitatis! Qui vult vivere, habet ubi vivat, habet unde vivat: accedat, credat, incorporetur ut vivificetur, haereat corpori, vivat Deo, de Deo. (S. August., Tract. 26, super. Joann., VI.)

tamente servida, donde todos los animales acuden á tomar el alimento que les conviene. ¿Es posible que el alma humana, siendo el ser más noble del universo, y hallándose necesitada, haya de carecer de alimento? No, ciertamente, esto no puede ser; Dios nuestro Señor atendió á esta necesidad, y por modo admirable; le comunicó su vida divina por el Bautismo, y luego, al tratar de alimentarla para que no desfalleciera en su peregrinación sobre la tierra, echó una mirada sobre la creación, y no encontrando cosa que fuese digna de ella... ¡oh bondad infinita! miró el Señor sobre sí mismo y dijo: YO SERÉ SU ALIMENTO. ¡Oh alma, cuán grande eres y cuán amada de Dios te hallas, pues sólo El puede alimentarte en tu vida espiritual, y solo El puede saciar tus aspiraciones! Tú le necesitas! El te se da todo entero: ¿quieres más?

6 Pero decíamos que la realidad de la Eucaristía era también una deducción lógica del *fin sobrenatural del hombre*, y esto es claro. Dios nuestro Señor nos crió para el cielo, para allí verle cara á cara y gozar de El, para transformarnos; por decirlo así, en El, asimilando todo nuestro ser, cuanto es posible, á su esencia soberana. Con designios tan amorosos plugo á su bondad colocarnos sobre la tierra para que nos preparemos á caminar á nuestro feliz destino. ¡Oh hombres! Mirad bien esto, y jamás caeréis en pecado.

Ahora bien; la preparación á un fin debe ser del mismo orden que dicho fin, y como el nuestro es espiritual, sobrenatural y divino, no se puede dudar que nuestra preparación ha de ser de igual naturaleza. Se dirá que para ello el Señor nos otorga su *gracia*, la cual es como *el principio de la gloria, á la manera que la gloria es la consumación de la gracia*. Es verdad; mas ¿basta esto? No por cierto; porque el hombre puede resistir á la gracia, puede no corresponder á ella y perder su fin; por tanto, es preciso otra preparación mayor, más excelente, y ésta es la *Eucaristía*. Con ella, y sólo con ella, bien recibida ó bien deseada, puede el hombre estar cierto (*moral ó conjeturalmente*) de que no se desvía de su fin; porque la Eucaristía, según sus efectos, como luego diremos (1), es un lazo de santidad que une el principio de la vida divina recibida en el Bautismo, con la perfección de esta vida, que será consumada en el cielo. De esta manera y no de otra, es como el hombre se forma en el espíritu, se prepara á su fin sobrenatural y asciende de grado en grado hasta el reposo eterno del cielo, objeto dulcísimo de sus constantes aspiraciones.

(1) Véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo IV, Efectos de la Comunión.

¡Infeliz del cristiano que durante su vida terrena no se prepare continuamente para el cielo con la digna recepción de la sagrada Eucaristía! «Comparad todas las obras buenas del mundo con una sola Comunión bien hecha, y todas ellas—dijo el venerable cura de Ars—serán como un grano de arena delante de una montaña. ¡Oh qué hermosa será en la eternidad el alma que haya recibido dignamente á Dios! El Cuerpo de nuestro señor Jesucristo brillará á través de nuestro Cuerpo, su Sangre adorable á través de nuestra sangre; nuestra alma quedará unida al alma de nuestro Señor por toda la eternidad, gozando así de una felicidad pura y perfecta. Cuando el alma de un cristiano que ha recibido la Comunión entra en los cielos, los Angeles y la Reina de todos ellos salen á su encuentro, porque en aquella alma reconocen al Hijo de Dios.»

7. Mas viniendo ya á una tercera prueba de la *realidad eucarística*, decimos que *de la perfección de la Ley nueva*, la cual, según San Pablo, debe sobrepujar á la antigua en *santidad, justicia y perfección*, se deduce dicha verdad. Este argumento es del Angélico Doctor, quien en la *Suma teológica* (p. III, q. 75, a. 1.), afirma que fué propio de la Ley nueva que el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Jesucristo se hallasen presentes en la Eucaristía. «Los sacrificios de la antigua Ley—dice el Santo, contenían el verdadero sacrificio de la pasión sólo en figura, según aquella sentencia del Apóstol: *La Ley tenía la sombra de los bienes futuros* (Hebr., X, 1), pero no la realidad. No así en la Ley nueva, pues siendo el sacrificio establecido por Cristo más perfecto, contiene, no solamente *la figura*, sino *la realidad*, ó sea á Jesucristo mismo en estado de víctima. Por esta razón, la Eucaristía, en la cual se halla realmente Cristo en persona, es la fuente de la perfección de los demás Sacramentos, con los cuales únicamente nos hacemos partícipes de la virtud de Cristo.

Fué, pues, de todo punto preciso que el misterio eucarístico contuviera en sí mismo realmente el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, porque de lo contrario la *Ley nueva sería inferior á la antigua*, lo que es imposible, sobre todo, en los *sacrificios*, los cuales constituyen el homenaje más grande que puede hacerse á Dios. Antes de la Ley mosaica se ofrecían al Señor en sacrificio corderos y aves; bajo el imperio de la Ley de Moisés se sacrificaba el cordero pascual; y todo esto, ¿quién no ve que indicaba más vivamente los efectos de la muerte de Jesucristo, que un poco de pan y un poco de vino? Luego bajo las especies de pan y de vino es pre-

ciso que se contenga realmente Cristo nuestro Señor. Pero sigamos adelante y consideremos otro orden de pruebas si cabe más expresivas.

§ II

DE OTRAS RAZONES QUE PRUEBAN LA REALIDAD DE LA EUCARISTÍA

8. En la Eucaristía campean todas las perfecciones divinas.—**9.** Por la Encarnación se prueba la realidad de la Eucaristía.—**10.** También por el Santo Sacrificio de la cruz.—**11.** Muy principalmente por el amor de Jesús hacia nosotros.—**12.** Cómo Jesús realizó el prodigio.—**13.** Conclusión.

8. Admirable es Dios en todas sus obras, y muy especialmente en la *Encarnación* de su eterno Verbo, donde campean por subida manera sus perfecciones divinas. Sin embargo, en el orden de los prodigios sagrados hay un misterio insondable que *continúa, completa y perfecciona* la Encarnación del Hijo de Dios. Este misterio es la *Eucaristía*, centro augusto de los demás Sacramentos, prolongación y multiplicación de la real presencia de Dios humanado en este valle de lágrimas, renovación del holocausto del Calvario, reencarnación del Verbo en cada uno de sus miembros místicos, y perfeccionamiento supremo de nuestra vida sobrenatural por la unión más íntima que podemos tener con Dios nuestro Señor.

9. Por la *Encarnación* Jesús está con los hombres por un tiempo determinado, en un solo determinado país, y haciendo bien á determinados hombres, que le conocieron personalmente; mas esto era poco para su Corazón divino, sus designios amorosos tienen más altos vuelos y por eso instituyó la *Eucaristía*, mediante la cual está Jesús con los hombres todos, en todos los países del mundo, y por todos los tiempos imaginables *hasta la consumación de los siglos* (1).

Por la *Encarnación* se halla Jesús viviendo *con nosotros*; por la *Eucaristía* vive dentro de nosotros, que es mucho más.

Por la *Encarnación* el Verbo divino se une hipostáticamente á la naturaleza humana para divinizarla; por la *Eucaristía* es el mis-

(1) Eece ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem saeculi. (Matth., XXVIII, 20.)

mo Verbo de Dios que se une sacramentalmente á cada uno de los hombres para realizar en ellos la deificación en cuanto es posible.

Por la *Encarnación* se hace ostensible en el mundo el amor de Dios al humano linaje; mas por la *Eucaristía* se realiza el perfeccionamiento de ese amor, puesto que es el mismo Dios, plenitud de amor, quien, siendo infinito, se da al hombre por infinita manera, sin que sea posible más. Superior á la Eucaristía no hay nada ni en la tierra ni en el cielo. Es el mismo Dios.

¿Es posible concebir ni imaginar que Dios, Sabiduría infinita y poder infinito, dejara su obra maestra incompleta, y que después de la *Encarnación* no añadiera como perfeccionamiento la *Eucaristía*, conteniendo real y verdaderamente el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo?

10. Pero aún hay otra prueba que confirma la anterior, y es el *Santo Sacrificio de la Cruz*; pues de él se deduce que Jesús está realmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Con efecto; el sacrificio de la Cruz, realizado en la cima del Gólgota, ha hecho de Jesucristo una *Victima redentora, una Victima aceptada por el Eterno Padre, una Victima que, cuanto es de su parte, obtiene necesariamente la remisión de nuestros pecados*; y esta remisión se nos concede sólo mediante nuestra unión con dicha Víctima, sea por la gracia, sea por amor, sea de otra manera. ¿Cómo se han unido siempre los hombres á las víctimas de sus sacrificios, para ser agradables á Dios? La Historia lo dice; *por la manducación*, tomándola por alimento. Si así aconteció en la figura, ¿qué ha de ser en la realidad?

San Pablo afirma que los israelitas que comían después las víctimas ofrecidas, eran partícipes del altar y se unían á Dios por este medio. Si pues Jesucristo es nuestra Víctima, debe reunir estos dos caracteres: Primero, el de *ser inmolado por nosotros sobre la Cruz*; segundo, el de *ser manjar nuestro para servirnos de alimento en el altar*. Uno y otro carácter deben ser igualmente realizados en su persona; y así como debe ser inmolado en su propio cuerpo y en su propia substancia, así también debe ser comido en idéntica forma; que por eso dijo El de sí mismo: *Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida.* (Joann., VI, 56.)

11. Por último, y á fin de no hacernos interminables, pondremos fin aduciendo una última prueba de la realidad de la Eucaristía, á saber: *el amor de Jesús hacia nosotros*; pues si Jesucristo, siendo omnipotente, pudo instituir la Eucaristía, y teniéndonos infinito amor exigía éste que la instituyera, no se puede negar que, en